

LA JURA DE SANTA GADEA

La familia del pequeño Sancho está sentada al calor de la lumbre. Ya es tarde, y una chimenea proporciona la poca luz que ilumina la estancia. Un viejo herrero gesticula mientras narra los acontecimientos que ha presenciado por la mañana en la iglesia de Santa Gadea. La madre del niño ha intentado varias veces hacer que los pequeños se acuesten, pero la excitación que reina en toda la ciudad les ha inundado también a ellos, que contemplan entusiasmados las explicaciones de su abuelo.

“Todo Burgos se encontraba en los alrededores del templo. La guardia del rey impedía acercarse, pero poco a poco la multitud ha ido ganando terreno. Era imposible contener a toda esa gente. Al final se han limitado a bloquear la puerta de la iglesia, mientras media ciudad esperaba fuera.

De repente se hizo el silencio. Mirando en dirección a la catedral vimos cómo un pasillo humano se iba formando. Unos preguntaban, otros se empujaban, aquellos se subían unos a otros. Entonces llegó el rey. Tendríais que haber visto su cara. Mejor no. A mí no me hubiera gustado que se hubieran cruzado nuestras miradas. Tenía la vista clavada al frente, y podría haber desmontado al mejor caballero con solo mirarlo. Ni siquiera sus hombres de confianza se atrevían a dirigirle la palabra. Montaba un precioso caballo tordo, que sudaba como si supiera lo que iba a pasar”.

- ¿Y don Rodrigo? ¿Y don Rodrigo? – pregunta impaciente la hermana de Sancho.

Todos le mandan callar, pero ya a nadie se le pasa por la cabeza que quizá los niños no deberían estar allí. Los acontecimientos han sido demasiado importantes, la situación ha llegado muy lejos, y nadie sabe cómo podrá terminar la historia, aunque de momento el asunto no pinta bien. A pesar de todo, el viejo herrero pasa una mano por la cabeza de su nieta e intenta tranquilizarla. Mirándola a los ojos, continúa.

“Don Rodrigo llegó al poco tiempo por el costado contrario, el que da al río. Iba mucho más sereno, pero su presencia no daba menos miedo. Apenas sujetaba al caballo por las riendas, pero parecía que éste obedecía simplemente sus pensamientos. La multitud se retiraba a su paso, con la misma prudencia que cuando pasó el rey, pero el silencio a su alrededor era mil veces más profundo. Algunos incluso bajaban la cabeza como si fuera el mismísimo Papa de Roma. Después se han cerrado las puertas de la iglesia, pero nadie se ha movido del sitio”.

- Pero, tú has entrado, ¿verdad, abuelo? – interrumpe ahora Sancho subiéndose en sus robustas rodillas - ¿cómo lo has conseguido?

El abuelo sonríe. Mira a su nieto, acaricia también su pelo y lo mira con una ternura impropia de su aspecto. El niño es el único de la familia que ha aprendido a leer y escribir y además tiene una curiosidad y una imaginación fuera de lo normal. Cuando prosigue su narración, piensa que quizá algún día Sancho escriba la historia de los acontecimientos que él le está contando, quizá la vida completa del rey, o quién sabe, quizá la vida de este caballero don Rodrigo que tanto está dando que hablar en estos días.

- La puerta de la sacristía no cierra. Yo lo sabía bien porque me hicieron el encargo de arreglar la cerradura no har  ni una semana. No he tenido más que esperar el momento oportuno y he podido acceder a la iglesia. All  había ya bastante gente, que el diablo sabe cómo han entrado. Por si desalojaban el templo me he buscado un escondite y desde un rincón de la iglesia, oculto tras un confesionario, he podido escuchar y ver sin ser visto ni oído.

“En el altar estaba el rey, como si presidiera un funeral, tanto por la situación como por el semblante. Sus ropajes eran riquísimos, pero parecía enfermo y le quedaban un tanto holgados. A su lado, los hombres más importantes de la corte. Pero casi todas las miradas se dirigen al grupo de caballeros que estaban situados a su diestra. Los rumores eran insistentes, y no han resultado muy desencaminados. Ya sabéis que durante los últimos días había quien dudaba de la fidelidad del de Vivar para con el nuevo rey. La mayoría, sin embargo, consideraba que no tenía más remedio que jurar obediencia como todos los demás, o de lo contrario ya habría huido a tierra de aragoneses o de moros. Pocos podían imaginar lo que estaba a punto de suceder”

Ahora es la mujer del herrero la que le interrumpe:

- Pero, entonces,  es cierto?,  se ha enfrentado al rey públicamente?

- Y cómo lo ha hecho. No le ha temblado el pulso, ni la voz, ni le hubiera temblado la espada si hubiera sido menester. Pero dejadme continuar.

“Uno por uno los caballeros han jurado fidelidad al rey. Se postraban ante él, repetían “lo juro” después de unos latinajos del obispo, se levantaban pesadamente y dejaban el lugar al siguiente sin mucha ceremonia. Parecía que la mayoría hubiera preferido estar la misma Córdoba cenando con sarracenos que encontrarse en su tierra y ante su rey.

Cuando le ha tocado el turno a él, no se ha movido del sitio. El propio rey ha tenido que llamarle por su nombre, y reclamarle una explicación. Su voz nos ha sorprendido a todos, y he visto a más de un valiente caballero palidecer bajo su yelmo.

- Rodrigo Díaz de Vivar,  os neg is a mostrarme fidelidad?

La voz de Rodrigo ha sonado no menos potente y a la vez mucho más decidida. Cualquiera en su lugar habría temblado y habría vacilado, pero no él. La respuesta ha hecho que el silencio fuera aún más profundo:

- Señor, aunque ninguno osa decirlo, la mayoría de vuestra nueva corte cree que sois culpable de la muerte de vuestro propio hermano.

- ¡Eso es felonía! ¡Cuidado con lo que decís! – contestó el rey levantándose del trono.

- Estoy dispuesto a retirarlo, majestad. Creo en vuestra palabra como creería en la de cualquier caballero cristiano. Pero a menos que probéis vuestra inocencia, no contaréis con mi vasallaje. – Y mirando a todos los caballeros que le habían prestado juramento, añadió:

- Y el de todos los que me han precedido estará envenenado por la duda.

- ¿Queréis mi palabra? Esto es un ultraje que tendréis que pagar, pero os voy a dar mi palabra. A vos y a todo el que quiera oírme. No tuve ninguna relación con la muerte de mi hermano. Era mi hermano ¡por el amor de Dios!

- Habréis de jurarlo sobre la Biblia.

- ¡Estáis yendo demasiado lejos, don Rodrigo!

- ¡Se trata de vuestra honra y la de Castilla, Majestad!

El silencio entonces era tan intenso que podía oír mi corazón como un caballo desbocado. Nadie se atrevía a decir nada, y mucho menos a moverse. Y de repente:

- ¡Lo juro!

La voz del rey Alfonso sonó atronadora en la iglesia de Santa Gadea. Todos los presentes dirigimos nuestras miradas a quien se había atrevido a formular la última reclamación que quedaba definitivamente satisfecha con tan rotunda respuesta. Rodrigo Díaz había tenido la osadía de hacer la pregunta en alta voz, y aún aguantaba desafiante la mirada del rey que no creo que llegue a perdonarle la afrenta.”

Al decir esto el viejo herrero baja la cabeza. A pesar de que está muy orgulloso del caballero burgalés, siente que esto no es sino el principio de una larga enemistad que no puede traer nada bueno a Castilla. Su familia no se atreve a decir una palabra, todos miran absortos al fuego sin saber qué hacer ni qué decir. Entonces el pequeño Sancho se levanta, abraza a su abuelo, besa a su madre, y, cogiendo de la mano a su hermana pequeña, sale de la estancia para irse a dormir. Mientras piensa que nunca será un caballero tan valiente como el Cid se le ocurre que tal vez pudiera honrarlo escribiendo un poema de esos que tantas veces ha oído a los juglares en la plaza.

Y con esta idea se acuesta. Entre sueños y vigilias va imaginando un largo poema que entremezcle realidad y fantasía, donde personajes reales combatan contra otros inventados, donde seres imposibles luchen con vecinos de Castilla. Y planeando sobre todas estas imágenes, escucha constante la voz de su abuelo que repite incansable, una y otra vez:

- Dios mío, qué buen vasallo si tuviera un buen señor.